

“Hoy empiezo a acordarme”, de Miguel Donoso Pareja

Lara Catalán, David

1996

<https://hdl.handle.net/20.500.11777/5444>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

LA MEMORIA COMO FORMA¹ DE VIDA

Hoy empiezo a acordarme

Miguel Donoso Pareja

México: Ed. Ponciano Arriaga, 1994, 370 pp.

A propósito de *Hoy empiezo a acordarme*, resulta conveniente traer a colación aquella expresión de Édgar Morin que dice más o menos así: “al fin y al cabo, en las sociedades burocratizadas y aburguesadas, es adulto quien se conforma con tener que vivir menos para no tener que morir tanto. Empero, el secreto de la juventud es éste: vida quiere decir arriesgarse a la muerte y furia de vivir quiere decir vivir la dificultad”.

La muerte, sin duda, está al acecho. En realidad todos los días se hace presente esperando el menor resquicio por donde entrar y cobrar víctimas. El desencanto, el pesimismo, la frustración –sin duda síntomas de nuestro fin de siglo y de quién sabe cuántos siglos más– son formas de muerte, tan triviales y tan cotidianas que se han vuelto lugares comunes, pero que han preñado a la vida, a tal grado, que ésta no escapa, bajo esta línea, de ser también un lugar común.

Por eso Morin tiene razón: “vivir menos significa no tener que morir tanto”; aunque esto sea tan sólo en principio.

La muerte, en tanto sinónimo de agotamiento y de cansancio, duele y duele bastante. La existencia humana se mueve, entonces, entre la frustración y la esperanza de rescatar un sentido de la vida más próximo a nosotros mismos que, a la vez, ignora esto que Aristóteles llamó entelequia; es decir, potencia que se convierte en acto, y esto con la intención de hacer nuestro este arriesgarse a la muerte siempre en potencia, ya que el acto pleno no existe, no para nuestras posibilidades: llegar a la plenitud sería tan frustrante como no llegar y en este sentido es preferible seguir siendo potencia.

Todo esto como prefacio a lo que me gustaría comentar acerca de la novela *Hoy empiezo a acordarme* de Miguel Donoso Pareja (Guayaquil, 1931), en la cual los personajes participan de este ambiente y encuentran, a partir del rejuego de las diversas figuras literarias, una forma para expresar la búsqueda humana de proyectos tales como la felicidad y el amor, así como la forma de apresarlos para recrear, en consecuencia, toda una forma de vida que permita un tránsito existencial más factible, más saludable.

Ciertamente, la paradoja de esta búsqueda está ahí: en cada rincón, en cada movimiento, en cada expresión, ya sea en Barcelona, Guayaquil, Santiago, DF, etcétera, lugares todos éstos por donde se desarrolla la trama de esta historia. Particularmente J, personaje principal de la novela, evidencia esta paradoja, esta ironía literaria.

La novela resulta atrayente, apresa al lector con un lenguaje sutil, metafórico que viene a ser un buen catalizador de la imposibilidad (No hay nada más bello que lo que nunca he tenido; y nada más amado que lo que perdí. (¿No es cierto Serrat?))

J, por lo demás, resulta ser un *flâneur*, lo cual no deja de ser un escape, que va por el mundo con su vestimenta de atrabiliario, con sus diversas máscaras, oportunas para cada ocasión, confeccionadas *ex profeso* para siempre estar fuera, consciente de lo absurdo y paradójico que, a veces, resulta la vida.

Lo dicho hasta aquí no dejarían de ser expresiones comunes de cosas comunes si no se enlazan con lo que, me parece, es el *quid* de esta obra:

Si vivir la vida es arriesgarse a la muerte, esto es posible en la medida que tenemos memoria: memoria de lo que decimos y de lo que pretendemos ocultar con lo que también decimos, es recuperar los múltiples significados de lo que hemos venido siendo, es decir y decirnos, es estar ciertos de nuestros afanes de complitud. Lacan lo dijo atinadamente: "amar es dar lo que no se tiene a quien no lo es". Esto, efectivamente, es cuestión de tiempo, acaso de una memoria que busca explicitar y, en consecuencia, explicitarse a ella misma para ser un digno sucedáneo de la triste fatalidad.

Hoy empiezo a acordarme es, así, una novela que con un sentido lúdico, erótico, recurre al juego de espejos, al donjuanismo, para provocar una reflexión en torno a la condición humana frecuentemente presa del desencanto. Nos permite, también, atisbar nues-

tras personas en tanto máscaras, que, de acuerdo con el estoicismo, indican los papeles que el hombre representa en la vida. Epicteto nos advierte: “recuerda que tú no eres otra cosa que actor de un drama, el cual será breve o largo según la voluntad del poeta...”

Actuar frente al espejo es proyectar algunas de nuestras máscaras; así, del mismo modo, a través del espejo, reconocemos la máscara del otro. En este sentido, enamorarse es enamoramiento de la imagen que el espejo nos brinda. Siempre resulta difícil, incluso penoso, descubrir no ya la imagen del espejo, es decir, la invención que hemos hecho de las personas, de los ideales, etcétera, sino su justa dimensión. Después de la “caída” recordar es lo único que queda como forma de reconstituírnos y prepararnos, por supuesto con una buena dosis de humor, para la próxima ocasión.

David Lara Catalán.